

Cecilia Honorio, Francisco Louçã y Fernando Rosas

La crisis de la política en el espejo de la crisis de los sistemas liberales

Los síntomas de crisis actual de la democracia liberal son indisolubles del proceso de globalización capitalista. En qué términos esta etapa relativamente reciente de la globalización capitalista afecta y condiciona los sistemas políticos liberales de Occidente es la cuestión que este artículo pretende dilucidar.

El liberalismo histórico y el liberalismo contemporáneo

La historia de los sistemas liberales occidentales determina grandes ciclos, a pesar de los matices nacionales o regionales. Inaugurado con las grandes revoluciones del siglo XVIII, el liberalismo desarrolló, dentro de la idea clave del setecientos, la idea de Naturaleza. Y fue en la naturaleza humana que se legitimó el nuevo sistema político, condicionado por la novedad de la conversión política de los derechos naturales y por el nacimiento del “ciudadano”.

Los procesos revolucionarios del siglo XVIII, si bien con la contaminación del ideario liberal en las primeras décadas del siglo XIX, recompusieron élites, abrieron de par en par las puertas al optimismo del triunfo burgués, demoliendo siglos de poderes absolutos e instalando la gran idea del siglo XIX, la idea de Progreso. De ésta formará parte la fe incondicional en la representación y en el constitucionalismo, abriendo lo que algunos denominan la “era de las Constituciones”.

La separación de los tres poderes, la sublimación del debate constitucional, la inflación de la Ley y del poder legislativo y la definición de la “élite” representante configuran, desde el punto de vista del nuevo poder, los ejes optimistas del ochocientos. Pero la soberanía de la Nación, fuente del poder liberal, cuando fue atravesada e impregnada por la soberanía del Pueblo –y las tentaciones fueron muchas desde el siglo XVIII–, podría abrir brechas democratizantes en el nuevo

sistema político. Sólo el liberalismo democrático asumirá el paso de la soberanía de la Nación para el Pueblo, como fuente de poder y representación. Gracias a la debilidad de la penetración de la soberanía popular, que algunos llamarán *liberalismo oligárquico*, este largo ciclo tuvo lugar desde finales del siglo XVIII hasta la primera posguerra y los años 20 y 30 del siglo XX. Pero también es cierto que fue a principios del siglo XX cuando el liberalismo democrático dio sus primeros pasos. La imprenta, la creación y presión de la opinión pública, la formación y escolarización de las clases medias, la vitalidad del movimiento obrero en la década de los 20, obligaron al liberalismo a hacer concesiones y a la búsqueda de la síntesis demoliberal, extendiendo en algunos países el derecho al voto. Así, el sufragio universal masculino se consiguió en países como Francia y Estados Unidos a principios de siglo, si bien es cierto que al borde de la I Gran Guerra sólo los países del Norte reconocieron el derecho de voto a las mujeres.

Pero las componendas demoliberales de inicios del siglo XX ni sobrevivirán a la crisis del 29 ni contaminarán a las periferias. Así, si el “centro” del capitalismo convivía bien con estos apañíos del sistema, en los países periféricos, en los países del centro y este europeo, del sur y del sudoeste de Europa, la crisis del liberalismo oligárquico dio lugar normalmente, a procesos de superación autoritaria de los sistemas liberales y a la introducción de aquello que algunos autores llaman *la época del fascismo, la época de los fascismos*, que desembocó en la Segunda Guerra Mundial. Y fue así que el “abismo” de 29-33 liquidó, como argumenta Hobsbawm, el viejo liberalismo. Se profundizaba la certeza en la optimización de mercados libres y se caminaba hacia la regulación a partir de las rentas nacionales. La Depresión se encargó de hacer del fascismo un movimiento y un peligro mundiales. Moría la fe ochocentista en el Progreso, el rechazo de los gobiernos absolutos, la creencia en el condicionamiento del poder por las constituciones y por los derechos y libertades de los ciudadanos y el liberalismo democrático caía como un castillo de naipes.

La Segunda Guerra Mundial se encargaría mientras tanto, de resolver los problemas, permitiendo la “edad de oro” del capitalismo occidental, la estabilización de parte de los grandes conflictos internacionales y la revitalización de la democracia política sustentada en la mejoría sin precedentes de la vida material, por lo menos en los países más desarrollados de Europa y América.

El segundo ciclo de liberalismo democrático se inicia así en la segunda posguerra, sometido a diversos condicionantes: por un lado, la victoria sobre el nazi/fascismo y por otro, el miedo al comunismo, es decir, la amenaza de la Guerra Fría. Con estos dos condicionantes combinados con el Plan Marshall, con los treinta años de oro del crecimiento económico de la posguerra, a excepción de Portugal, de España y de Grecia, se entra en el ciclo del liberalismo democrático, o sea, en las democracias con sufragio universal, pluralistas, parlamentarias, asumiendo el Estado un papel regulador de la economía en el marco de intervenciones de tipo

keynesiano en la economía y en la sociedad, un papel providencialista, con trabajo estable, protegido y basado en un diálogo institucionalizado con los sindicatos bien integrados en el sistema de negociación. Esta segunda ola “optimista” surge de una especie de consenso impuesto entre clases dominantes y dominadas, productora de la deseable aceleración de la capacidad de consumo y de una extensión de los derechos sociales y políticos de las poblaciones.

El modelo de posguerra funcionó durante largo tiempo, desde el punto de vista político, en base a una alternancia o bien de coaliciones reales entre políticas con diferencias de matiz, unas más liberales, otras más reformadoras, o bien con políticas que formaban una especie de magma que alternativamente, o en alianza, iban gobernando el sistema basado en el neo-rotativismo en que se configuran los partidos dominantes.

La segunda crisis histórica del sistema liberal

El fin de los años de oro del capitalismo del siglo XX, con la crisis de 1973-74, reconfiguró una inversión de la alianza demoliberal, haciendo galopar el liberalismo sobre las ganancias de la democracia de los “años de oro”, reafirmando el monetarismo y el liberalismo extremo, con su fe en la natural regulación de los mercados y el inicio de su ofensiva contra los derechos sociales. La naturaleza bondadosa del mercado y la inflación del conflicto aparente de Estado versus mercado y libertad, inauguran el ciclo Reagan- Thatcher, haciendo añicos el compromiso relativo de la posguerra, con la paz y sumisión de los explotados a los explotadores y socavando las ganancias de la relativa socialización de la riqueza de aquel periodo, expresada en la creación de servicios públicos con derechos y equipamientos, como los servicios nacionales de salud y de educación. Avance de la liberalización, retroceso de la igualdad, avance de la macrocefalia decisoria transnacional y retroceso efectivo de los derechos fundamentales caracterizan el final del siglo XX y los inicios del siglo XXI.

Puede decirse que éstas eran las necesidades de apareamiento entre el neoliberalismo y globalización capitalista. La pregunta que permanece es la de saber si la globalización capitalista aceptará la globalización del liberalismo democrático.

El capitalismo en su actual fase de globalización financiera, en lo referente a Europa Occidental, y no sólo a Europa Occidental, integró mercados con éxito, unificó las monedas y las políticas financieras, integró con éxito desigual las políticas de seguridad, los servicios de información y, en parte, algunos aspectos de las políticas militares, pero nada permitía presumir la globalización supranacional de las democracias en una especie de democracia parlamentaria federal. Al contrario, el supranacionalismo significó una especie de doble vaciamiento: el de la democracia política y de la democracia social.

La macrocefalia decisoria, la voracidad del mercado y de la mercantilización de las relaciones sociales y la ruptura del contrato social de posguerra recrearon nichos nacionales de respuesta a esta crisis del liberalismo moderno. Desde la

década de los ochenta el sistema expone como nunca lo que algunos consideran las “estalactitas” de la democracia, su despiadada frialdad: la desconexión del poder del “ciudadano” común, la desconfianza profunda en los ejes del liberalismo, en la representación y en la delegación del poder, en la profesionalización de la clase política y en la tecnicidad de la política.

Es en este marco en el que podemos leer dos respuestas diferentes: la rehabilitación de fuerzas populistas y el espacio de la calle y de las manifestaciones.

La seducción por el populismo surge, recurrentemente, en la curva de las crisis de legitimidad del demoliberalismo. El populismo, que se pretende negación de la representación, no pasa, finalmente, de ser su propia revisión. Prometiendo disolver el mayor equívoco de la democracia liberal generado sobre la soberanía popular, y proponiéndose superar la desconexión entre gobernantes y gobernados, avivando el fuego del miedo al futuro, el populismo resuelve en la fusión entre el pueblo mítico y el líder, más o menos telegénico, una fusión desnaturalizada por el poder, a través de soluciones rápidas y milagrosas. La hegemonía neoliberal de dos décadas disparó su fascinación y sus territorios con expresiones político-partidarias, en ocasiones sorprendentes, como las de Italia y Francia.

Es en el marco del neoliberalismo y de las debilidades de los Estados nación donde el movimiento alternativo, que recupera la lucha popular a través de la reocupación de la calle, debe ser leído como fisura y búsqueda de nuevas respuestas políticas.

Desde la década de los sesenta se multiplicaron las formas de movimiento y ocupación de la calle en nombre de causas transnacionales, con un repertorio universalizado, del pacifismo al medio ambiente, pasando por los movimientos de protesta más recientes como el Gay Pride y el movimiento alterglobalizador, las manifestaciones contra la guerra, las marchas europeas contra el desempleo o los movimientos emergentes contra la precariedad. Estas formas de protesta y de rápida contaminación son cuestionadas por algunos sobre sus posibilidades de dar nuevas respuestas políticas, más allá de la estricta representación en el marco de los estados nacionales.

Las manifestaciones, portadoras de mitos y de memorias reales y simbólicas, la huelga general, la manifestación general, el pueblo, el referéndum, pueden no derribar regímenes, e incluso mantener la actualidad de la relación de cada uno con la cultura y el poder nacionales. Pero aunque no dejen de ser parte de un reconocimiento tácito heredero de las relaciones de dos siglos entre el Estado Nación y la calle, la unidad temática de alguna de las más recientes y encendidas manifestaciones europeas, en torno al empleo o la escuela, no dejan de apuntar a un tiempo al carácter nacional de las respuestas y a la naturaleza supranacional de los problemas. La brecha que existe entre la actual globalización mercantil, financiera y parcialmente institucional y la soberanía popular de los Estados democráticos nacionales, no es un desfase temporal, no es un déficit democrático reversi-

ble, sino más bien una contradicción que tenderá a agravarse en la exacta proporción en que se avance en la construcción supranacional de las instituciones.

¿Por qué esta contradicción?. Porque históricamente los sistemas políticos liberales y democráticos surgieron de los y con los Estados nacionales y son una realidad históricamente inherente a la emergencia del Estado nacional basado en la soberanía popular.

Si las burguesías liberales y la élites políticas del siglo pasado unificaron nacionalmente los mercados, demolieron las instituciones del Antiguo Régimen y tomaron el poder legitimándose en base a los nuevos conceptos de afirmación de la dominación heredados de la Revolución Francesa, el supranacionalismo de nuestros días no tiene nada que ver con esto. Es una ingeniería construida de arriba a abajo de acuerdo con necesidades históricas y lógicas sociales y económicas que no se encaminan, y, si pensamos bien, no se podrían encaminar, a una especie de suma o de generalización por yuxtaposición de los sistemas democráticos nacionales. La propia génesis histórica de los Estados federales, que conocemos de Estados Unidos, nada tiene que ver con este nuevo supranacionalismo inducido por la globalización. Son experiencias históricas razonablemente diferentes. Desde luego, porque la lógica que dirige la supranacionalidad institucional de la época de hoy, basada en una acumulación desenfrenada del lucro, en la rapidez y facilidad de la deslocalización de capitales, en la eficacia y el bajo coste del proceso decisorio, que transcurre en un espacio/tiempo virtualmente instantáneo al que se asocia la lógica especulativa del lucro que lo sustenta, encamina las futuras instituciones a una especie de poder discrecional conferido al capital financiero, totalmente incompatible con cualquier especie de proceso decisorio democrático, esto es, incluso en los términos dominantes, incompatible con la lentitud, la complejidad y los costes de una democracia parlamentaria teóricamente transnacional. Es una lógica que expropia poderes a los Estados para reforzar la decisión transnacional sin hacerlo acompañar de los correlativos poderes de fiscalización, como sucede con el Banco Central Europeo, con la propia Comisión Europea, como sucede sobre todo en el campo del comercio con los grandes proyectos de la Organización Mundial del Comercio.

Globalización contra democracia

Así, la globalización capitalista no sólo no globaliza la democracia, sino que parece regirse aún por una lógica política potencialmente contradictoria con la supervivencia de las democracias parlamentarias del Estado Nación heredadas del doble patrimonio de la Revolución Francesa, perfeccionadas después por un largo proceso, y de la victoria sobre el nazi-fascismo en la Segunda Guerra Mundial. Por el contrario, ese proceso tenderá a cuestionar de manera creciente ese tipo de democracias.

En primer lugar, porque el Estado nacional era y es el lugar de funcionamiento de la democracia tal como la conocemos: es el marco donde se realizan las elecciones, donde tiene lugar la contratación colectiva, donde se ejerce el poder judicial, donde se define la previsión y seguridad social, donde se desarrolla la educación, donde se crea la memoria histórica. Y la coherencia de estos elementos es la que estructura o estructuró aquello que podemos llamar el contrato social moderno fundador de la democracia. La globalización capitalista, al cuestionar cada uno y varios de estos elementos estructuradores del pacto y al hacer inviable los poderes tradicionales de regulación del Estado nacional sobre esos elementos de cohesión del pacto social, cuestiona necesariamente el funcionamiento de la democracia desde el punto de vista de la coherencia y de la regulación de esos elementos hasta ahora mantenidos.

En segundo lugar, porque hay un doble tipo de fenómenos de división funcional de competencias para el que tiende la coerción del capital global: por un lado, la apropiación transnacional de funciones reguladoras esenciales de los Estados que dejan de ser fiscalizadas democráticamente a nivel supranacional y, por otro lado, la permanencia en los Estados nacionales de tareas de orden público de seguridad interna, asistenciales, de fiscalización de las decisiones centrales supranacionales que en nombre de la eficacia o de la seguridad nacional pueden tender con el tiempo a ser cada vez más discrecionales y quedar como decisiones técnicas al margen de los órganos normales de fiscalización política. Basta ver que Portugal puede adherirse a la moneda única sin haber celebrado ningún tipo de consulta nacional sobre ese asunto, y lo mismo sucedió, a pesar de promesas muy solemnes, con la ratificación del nuevo Tratado de Lisboa.

En tercer lugar, porque el largo dominio del aparato del Estado por una misma casta de políticos procedentes de los partidos que tiene monopolizado el sistema rotativa o coaligadamente, conduce a un proceso de expropiación política del ciudadano en relación con sus instituciones, liquida la participación, la posibilidad y el deseo de hacerla y tiende a una oligarquización inexorable de los sistemas políticos.

Finalmente porque, y en parte como consecuencia de esto, se generaliza intencionadamente un discurso ideológico simultáneamente tecnocrático y populista que ya tuvo lugar históricamente en la época de los movimientos fascistas, de crítica a los políticos, al parlamento y a la propia democracia burguesa como un todo. En nombre de la necesidad de tomar decisiones políticas rápidas, técnicamente apartidarias, centralizadas, eficientes y baratas, la lógica del mercado está invadiendo rápidamente el proceso de decisión política. Renació el discurso de la competencia y de la eficacia empresarial *versus* la lentitud en competencia y el parasitismo del Estado democrático/ parlamentario y de la política en general.

La expropiación de los derechos democráticos

Las tendencias que aquí se manifiestan son claras. En primer lugar, la tendencia a la desparlamentarización del sistema político, a la formalización de la vida parlamentaria poniendo los parlamentos progresivamente al margen de las grandes decisiones y ensayando en la opinión pública una especie de demonización de la representación parlamentaria, que ya de por sí representaba una forma de expropiación de la capacidad de control democrático permanente por parte de la población. En segundo lugar, la tendencia a la oligarquización, a la monopolización y a la auto-reproducción del sistema político por parte de una especie de casta que se va manteniendo rotativa o coaligadamente en el poder, disminuyendo la posibilidad de alternativa a través, principalmente, de leyes electorales restrictivas de la proporcionalidad o leyes restrictivas de la capacidad para que los partidos populares participen en el debate y en la representación política. La tercera tendencia fuerte es la crisis de legitimidad de los sistemas, o sea, de sistemas políticos donde los ciudadanos no se sienten representados, sistemas políticos donde los ciudadanos entienden que la política les es ajena y exterior a ellos y progresivamente se dejan expropiar del derecho de intervención y participación política.

Finalmente, la globalización capitalista y las necesidades, continuamente acrecentadas, de reponer y aumentar las tasas de beneficios, en un marco de competencia sin cuartel e instantánea a escala planetaria, provocan un ataque generalizado al patrimonio histórico de dos siglos de conquistas sociales por los trabajadores. Se diría que el capital y sus políticas neoliberales, monetaristas y recesivas, pretenden fundar un nuevo ciclo de políticas económicas y sociales sobre la destrucción masiva de fuerzas productivas y la revocación radical del contrato social que fundó la modernidad de la segunda posguerra. Hacia eso apuntan las políticas de desregulación del mercado de trabajo, la creación de una amplia bolsa de desempleo estructural y de larga duración, la apertura al capital privado de los principales sectores del servicio público transformados en nuevas áreas de inversión y beneficio privado, como la seguridad social, la sanidad y la educación. Puede concluirse que por parte de las oligarquías dominantes se pretende un relanzamiento basado en una revisión regresiva de la herencia económica y social de posguerra en Occidente asentado en cuatro pilares esenciales. Primero, alcanzar, tal vez sin recurrir a la violencia de otros tiempos, sino a través de la desregulación del desempleo, de la precariedad, de la flexibilidad, de la desindustrialización, el viejo objetivo de domesticar y desorganizar la fuerza de trabajo, volviéndola dócil, polivalente, móvil, privada de derechos y de capacidad reivindicativa, a bajo coste, dispuesta a casi todo para garantizarse el empleo escaso e inseguro. Segundo, bajar de forma generalizada, de acuerdo con las necesidades de la nueva economía, los costes de formación y de reproducción de la fuerza de trabajo, esto es, bajar los salarios, recortar los gastos de educación, descualificar y apostar por una mano de obra abundante y barata, principalmente a través de la importación y la sobreexplotación del trabajo inmigrante. Tercero, abrir a la

inversión y al negocio privado vastos y rentables sectores de actividad de los que dependen la salud, la seguridad y la educación de millones de personas y que eran, desde hace muchos años, sobre todo después de la II Gran Guerra, tutelados por organismos públicos y por criterios de interés colectivo. Cuarto, restringir drásticamente la actividad reguladora del Estado en lo económico y en lo social, pero reforzarla severamente en lo que concierne a sus competencias y capacidades de mantenimiento de orden militar y de seguridad interna, principalmente para responder a las reacciones sociales resultantes de estas políticas. El “segurantismo”, la obsesión por la seguridad, se vuelve así una forma de globalización de las amenazas a la vida democrática.

El mundo del futuro que la globalización capitalista propone, trae consigo en el plano de la cultura, y de los valores en general, un nuevo paradigma implícito, el trabajo tenaz de olvido de la memoria y de las entidades históricas de los individuos, de las instituciones y las comunidades, a favor de aquello que Hobsbawm llamó el “presente continuo”, ese imperio de lo efímero, de lo superficial, de tal manera que sobre el vacío se puedan moldear nuevas referencias, episódicas, latentes, hechizantes, deducidas de la selva del mercado y de la amoralidad implacable de los vencedores a cualquier precio. Lo que significa, incluso, como fondo ideológico esencial, condicionante de las sociabilidades y de las actitudes, una rígida asunción del orden establecido como fin del camino de la perfectibilidad política, económica y social, como expresión de la arquitectura natural de las cosas. Y a partir de aquí, además, se ha asistido a una reconstrucción del pasado, a una especie de teología retrospectiva para concluir que cualquier alternativa al orden establecido representa el caos, el terror y el desorden y, como tal, deben ser derrotadas.

En este clima surgen las diversas expresiones de sociabilidad de tipo autoritario, como el *apartheid* social, la xenofobia, la limitación de los derechos fundamentales de los más débiles y más pobres, los abusos de los Estados y de los aparatos policiales, los abusos impunes de los poderosos sobre los indefensos, la demagogia populista, la demagogia religiosa, todo ello drásticamente agravado después de los fenómenos trágicos del 11 de septiembre.

Fue así como el mundo asistió a Guantánamo o que los países occidentales restringieron tantos derechos conquistados a lo largo del siglo XX. El galope del neoliberalismo sobre las conquistas recientes de la democracia constituyó el rectorio de la globalización capitalista y de la hegemonía del imperio en las últimas décadas.

Por otra parte, la estrategia neoliberal del capitalismo global, tras algún periodo de duda, parece haber entrado en ruptura con la fórmula política rotativa de consenso hacia el centro, que regía los sistemas de gobierno europeo desde la posguerra.

A pesar del claro viraje de los partidos socialistas de Europa a favor de políticas neoliberales, los partidos y los gobiernos de derecha que sucedieron a las sucesi-

vas derrotas de los partidos socialistas, parecen tender a una clara ruptura referida a los consensos rotativos y a las alianzas hasta entonces vigentes en los centros gobernantes. Los partidos de la Internacional Socialista que dominaban los gobiernos europeos, intentaron e intentan salvar el sistema rotativo merced a un fuerte alineamiento con políticas neoliberales en todos los campos. El abandono del patrón que moldeaba su identidad reformista y social en la posguerra, que combinaba estado regulador y keynesiano, providencialismo estatal, colaboración con los aparatos sindicales, los llevó, en esta última fase, a destruir lo que eran las realizaciones esenciales de su moderna identidad de partidos socialdemócratas, con dos consecuencias: una derrota en cadena en las elecciones europeas en los últimos dos años, salvo alguna excepción, y una seria crisis de identidad en todas las formaciones de la Internacional Socialista que están situadas en nuestros días ante la elección inexorable entre un *blairismo* cualquiera y la política neoliberal.

La ruptura por la derecha del neorotativismo y de los centrismos de posguerra puede estar, por tanto, inaugurando un nuevo ciclo de gobiernos neoliberales, populistas, fielmente pro-americanos en política exterior, y fuertemente entremezclado con los grandes intereses y de indisimuladas tendencias autoritarias lo que proyecta una interrogación sobre lo que será el futuro próximo de las formas de dominación en los países europeos tanto en el plano social como en el plano político.

El desorden mundial como crisis de la política

La globalización capitalista y la consecuente acentuación de las desigualdades y de las diferencias entre los estados y dentro de ellos, contribuyó a agravar el desorden mundial que sucedió a la guerra fría, contrariando radicalmente las promesas de una nueva concordia mundial asentada en una especie de fin de la Historia que se anunció entonces. En el plano político, la emergencia de una solitaria superpotencia dotada de un poder financiero y militar sin rival, abrió una nueva época de unilatelerismo, de expansión por la fuerza, de desregulación del orden jurídico heredado de la posguerra, con la negación de sistemas de negociación en la prevención y resolución de conflictos. De esto resulta una espada de Damocles no sólo sobre la paz internacional sino sobre los derechos, las libertades y las garantías e incluso sobre los derechos humanos en su sentido más amplio. En realidad, la “guerra contra el terrorismo”, que después del 11 de septiembre fue decretada por la administración Bush, tiene un doble significado que conviene retener.

Primero: el derecho que se arroga Estados Unidos por iniciativa propia, si es posible con la connivencia de las Naciones Unidas y si no al margen de ellas, de fijar unilateralmente el enemigo a batir y hacer la guerra contra él cómo, cuándo, dónde y durante el tiempo que estimen. Un derecho que implica tendencialmente la marginalización de toda la trama negociadora de prevención y resolución de conflictos prevista en la posguerra y en otros sistemas multilaterales de contrac-

tualización. Se fija así un derecho unilateral a la guerra solamente dictado por la ley del más fuerte.

Segundo: significa la creación de una especie de estado de sitio permanente, de un estado de excepción que se vuelve regla del funcionamiento de las sociedades, esto es, decretando, en nombre de la guerra contra el terrorismo, un nuevo estatuto permanente de restricción y disminución de derechos, libertades y garantías de los ciudadanos, de censura a la libertad de expresión, de llamamiento a la delación, de agravamiento de la xenofobia y de dominación y persecución de la disidencia y de oposición a las políticas del poder como contrarias a la propia esencia del régimen político. La globalización agravó el desorden y la arbitrariedad en las relaciones internacionales y eso representa una fuerte amenaza al funcionamiento de una democracia con derechos.

Fueron precisamente estos dos pilares del orden mundial impuesto por Washington los que condujeron tanto a su desgaste y a las derrotas en Afganistán e Irak, como a la tentativa de recomponer la relación internacional que encarnó la candidatura –y victoria- de Barack Obama.

La lógica de la globalización capitalista desenvuelve tensiones tanto a nivel supranacional como en el plano nacional, tendencialmente contrarias a la democracia política tal como fue creada en los conflictos sociales en Occidente desde finales del siglo XVIII. Se puede afirmar que expresa una lógica claramente antagónica con la democracia social y las conquistas del mundo del trabajo en los últimos dos siglos, siendo también aparentemente contradictoria con el paradigma cultural progresista, solidario y pluralista de la modernidad. Se diría que, en el cuadro del capitalismo financiero de la época actual, la extraordinaria revolución tecnológica que acompaña y sustenta a la globalización está llamada a potenciar un nuevo paradigma de civilización regresivo, predador, antisolidario y antidemocrático, una especie de posmodernidad conservadora, amoral, deshumanizada por el imperio implacable de la acumulación.

Curiosamente, este proceso de globalización de mercados y de capitales generó y está generando su contrario: la búsqueda de una globalización alternativa que coloca la revolución tecnológica al servicio de un nuevo paradigma de modernidad democrática, social y ecológica, capaz de abrir caminos a otra era de desarrollo y profundización de las herencias históricas que hicieron la primera modernidad en nuestra época contemporánea.

Estamos todos de alguna manera, sea cual sea el punto de vista con el que lo abordemos, ante decisiones ineludibles y esenciales porque afectan al propio sentido de la civilización de nuestros días. Para cada uno de nosotros en tanto ciudadanos, como decía el poeta de la Odisea a Ulises “*Hic rodhes, hic salta*”: decídetes.

Cecilia Honorio, Francisco Louçá y Fernando Rosas son militantes del Bloco de Esquerda
www.bloco.org